



LA MUJER.

REVISTA DE INSTRUCCION GENERAL PARA EL BELLO SEXO.

REDACTORES Y COLABORADORES.

Bautista y Patier (Doña Eladia).
Cerrada (Doña Elena).
Gimeno (Doña Concepcion).
Guiomar de Torresao (escritora portuguesa).
G. de Neda (Doña Carmen).
Gomez de Avellaneda (Doña Gertrúdis).
Jimenez de Moya (Doña Julia).
Troncoso de Jaren (Doña Matilde).

Aguirre (D. Joaquin).
Araujo (D. Jacobo).
Asensio de Alcántara (D. Joaquin).
Balaguer (D. Victor).
Balius Bonaplata (D. Salvador).
Barrantes (D. Vicente).
Bustillo (D. Eduardo).
Caballero de Puga (D. Eduardo).
Campillo (D. Narciso).
Campos y Vassallo (D. Rafael).
Cardaño (D. Primitivo).
Castellanos (D. Julian).

Coll y Moncasi (D. Felix).
Echegaray (D. Miguel).
Feliu (D. José).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
Fernandez Neda (D. Rafael).
Fragoso (D. Fernando).
Fuenmayor (D. Vicente).
Galdo (D. Manuel Maria José de).
García Gutierrez (D. Antonio).
García Sanchez (D. Ramon).
Gimenez Cordon (D. Julian).
Gil Sanz (D. Alvaro).
Gonzalez Pitt (D. Alfredo).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hoz (D. Santos de la).
Llaveria (D. Antonio).
Martin Albo (D. Benito).
Martinez Pinillos (D. Roman).
Martinez (D. Joaquin Benigno).
Massa Sanguineti (D. Carlos).
Moncasi (D. Manuel Leon).

Moreno López (D. Carlos).
Moya (D. Francisco Javier).
Ortiz de Pinedo (D. Manuel).
Palacio (D. Manuel del).
Peña y Gofi (D. Antonio).
Pirala (D. Antonio).
Pontes (D. José Maria).
Rodriguez Hubert (D. Venustiano).
Rodriguez Seoane (D. Luis).
Rodriguez y Ramirez (D. Federico).
Rovira y Valdés (D. Pablo).
Ruiz Aguilera (D. Ventura).
Saco (D. Eduardo).
Sanmartin y Aguirre (D. José F).
Sanromá (D. Joaquin Maria).
Sardoa (Sr. Marqués de).
Sepúlveda (D. Ricardo).
Sequeiros (D. Camilo).
Tomeo y Benedicto (D. Joaquin).
Valera (D. Juan).
Zacarias Cazorro (D. Mariano).

Directora, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Educación á las mujeres para madres es regenerar la sociedad, por D. Vicente Fuenmayor — *La Mujer*, á la Sra. D.ª Faustina Saez de Melgar. — *En un palmar*, poesía, por D.ª Matilde T. de Jaren. — *María García, la Malibran*, por C. Sequeiros. — *El Jardín de la Violeta* (conclusion), por D. Rafael Campos y Vassallo.

EDUCAR Á LAS MUJERES PARA MADRES

ES REGENERAR LA SOCIEDAD.

Escribir en el periódico LA MUJER y no dedicar al bello sexo mi primer artículo, me hubiera parecido siempre una descortesía; empero hablar de la mujer y no ocuparme en primer lugar de las madres, lo hubiera juzgado el más criminal de los olvidos. Olvido lamentable siempre, pero más lamentable hoy que todas las inteligencias luchan y se agitan en el piélago insondable de las cuestiones sociales, hoy que las ideas se chocan, que los sentimientos y las pasiones se mueven escitados en corrientes contrarias, hoy que todo parece determinar una crisis en el espíritu de la raza latina que marcha iluminado por el sendero del tiempo en busca de verdad, dejando atrás preocupaciones sin cuento, servidumbres á porfía, que no otra cosa son las ideas que impiden su marcha; hoy, repetimos, sería más lamentable que nunca que no nos ocupáramos de las madres, quizás las únicas estrellas que con su luz, siempre brillante, pueden servir de guía á las generaciones venideras, quizá la única brújula que puedan consultar tranquilos los que vivan en esas épocas de

crisis para la inteligencia y de crisis para la historia.

No es posible pronunciar la palabra madre sin conmovirse, ni es posible repetirla sin que las lágrimas asomen á los ojos; nada hay tan grande para el hombre como este recuerdo, nada tan grato, nada tan sublime como sentir sus caricias, oír sus palabras, escuchar sus quejas. Por eso hoy, que nos hemos impuesto el deber de tratar de su educación, tenemos que hacer una confesion que se escapa á nuestra conciencia: seremos imparciales cuando la juzguemos como mujer, cuando pensemos sobre lo que es y lo que debe ser; cuando la juzguemos como madre, debemos decirlo, seremos hijos.

La civilización, que tanto ha hecho en favor de la ciencia, de la industria y de las artes, se ha conservado algun tanto estacionaria en las ideas tradicionalmente formadas acerca de la mujer; es verdad que ya nadie oye sin indignacion que en el Concilio de Macon (1) se discutiera por más de doscientos obispos y abades sobre si podia ó no ser calificada de criatura humana; es verdad que sólo causan risas de desprecio lo que de ellas dijeron Francisco I, el canciller Manpeon, el duque de Wurtemberg y Juan V de Bretaña; es verdad, y verdad por todos sabida, que la revolucion cristiana y las ideas importadas por los septentrionales mejoraron notablemente su condicion; pero

(1) Siglo iv.

no es ménos cierto que, como dice un autor moderno, todavía hoy su existencia acaba donde acaban los homenajes: su juventud es un reinado, su vejez un abandono. Pensando desapasionadamente sobre las causas que retardan su movimiento intelectual, y que sumen á la mitad del género humano en una especie de esclavitud, pues las cadenas de oro son al fin cadenas, no dudamos en asegurar que todo es hijo de la educacion. Si las sociedades hicieran alguna vez un detenido exámen de conciencia, ¡qué horribles les parecerian sus culpas! ¿Qué se enseña á la mujer? Nada fundamental. Los padres, como dice Madama Bernier, creen haber cumplido con su deber con pagar maestros, y estos, ó convierten en máquinas su inteligencia, no dando preferencia más que á los trabajos mecánicos, ó se contentan con hacer á las niñas recitar unas cuantas cosas que no se han tomado el trabajo de explicar. Y mientras tanto las niñas crecen y salen del hogar paterno ó de las aulas de un pretencioso colegio, sin más armas para luchar con el mundo que una inocencia peligrosa y una vanidad más peligrosa todavía. «Es, pues, positivo, dice con triste verdad »Aime-Martin, que la sociedad insensata »condena á la mujer en todas partes á la »desgracia y á la abyeccion. En todas partes se las trata como juguetes, se las encierra como ídolos, y se las compra y vende como mercadería. Los pueblos, aun los más »civilizados, en lugar de ilustrar su razon y »elevar su alma, cifran su felicidad en romperlas; se las enseña á considerar los »trajes como una necesidad de la vida, y la »belleza como la primera cualidad humana; »y para colmo de insensatez, despues de »depravar su corazon y ofuscar su inteligencia, se deja pendiente de su ligereza el »honor y las virtudes de una familia.» Podrán parecer duras estas palabras; pero es menester confesar que nada hay tan exácto; la culpa es de todos, no adoramos en las mujeres sus virtudes, jamás averiguamos si existen, en cambio su frivolidad nos entusiasma; pedimos al mundo que nos dé mujeres para gozar, no mujeres para sentir; el mundo cumple su mision educando cortesanas.

¡Cuántas veces nuestra alma se ha entris-

tecido al examinar uno de esos talentos de sociedad! ¡oíamos hablar de historia, de lenguas, de música, y mientras nos hablaba, veíamos una memoria que recitaba, una inteligencia sin datos propios, y..... un alma que dormia! ¡Ah! si aquella alma hubiera sentido, ¡cómo hubiera despreciado la lisonja y la adulacion! ¡Es mi belleza, se hubiera dicho, lo que se admira? ¿son mis trajes? ¿no es mi alma? ¿no es mi virtud? ¿no es mi talento? Pues entonces los desprecio; sinó, me harán ellos despreciable.

Empero la mujer llega en fin á ser esposa, llega á ser madre. Nadie pensaba en esto; todo el mundo lo deseaba, pero nadie se acuerda que la mision de la madre, por lo mismo que es la más sagrada, la más grande, es la más difícil. Para nada les sirve ya cuanto habia aprendido, y ya no tiene tiempo para aprender nada nuevo. Como esposa se aburrirá; el fastidio suele ser la consecuencia de su educacion, y á este suele seguir la indiferencia entre los cónyuges. Pero no pasa esto; los esposos se aman, el cielo bendice su union, los hijos vienen á ser como un vínculo divino que los une hasta fundir sus almas en un puro y desinteresado afecto. ¿Qué armas se han dado á esa madre para que resista su debilidad, para que luche con el mundo que la ofrece placeres y haga un templo de su casa y un altar de la cuna de su hijo? Ninguna; sólo el buen sentido de nuestras madres suele salvarnos. Es madre, y ya no piensa en nada más que en sus hijos; nuevos caminos se abren á su incansable mente, que lucha con su educacion y sus deseos; pero es tarde, y por más que se afana, efecto de lo que ha aprendido, se cuida mucho de la salud del niño, el menor dolor la entristece, un quejido de su hijo la aniquila; pasa las noches y los dias á su cabecera tocando su frente, sonríe cuando su hijo sonríe, canta para que se duerma; cualquier ruido del niño turba su corazon, y mientras tanto no se acuerda que su hijo tiene un alma que está encargada de despertar, un cerebro que debe de ella recibir las primeras ideas, un corazon que debe recibir los rayos de su amor maternal, para que allí fundidos formen los sentimientos de heroismo y de virtud. Es indudable que las madres forman las gene-

raciones. Si ellas saben inspirar la verdad, si ellas saben enseñar la virtud, estén seguras que la virtud que inspiren, que la verdad que enseñen se conservará siempre en los corazones y en las inteligencias. El hombre pensando obedece á su madre hasta despues de muerta, el hombre, sin darse cuenta, ejecuta actos heróicos, reprime sus pasiones en virtud de ideas, mejor, de sentimientos que le inspiraron en la cuna.

Por esto decíamos al principio que las madres son quizá las únicas estrellas que con su luz, siempre brillante, pueden servir de guia á las generaciones venideras, por esto aseguramos ahora que su educacion es una cuestion que debe preocupar á todos, y más que á todos, á la familia.

El hombre, dice el Evangelio, no vive sólo de pan, sino tambien de verdad. La encargada de dar el primer alimento material debe dar tambien el quizá, y sin quizá, más necesario, el moral. Pues bien: preparémoslas, abramos nuevos horizontes á su inteligencia, que, no hay duda, vale tanto como la nuestra; encaucemos su sensibilidad, que es un raudal de sentimientos sublimes, que es un pensil de delicadísimos pensamientos; ocupémonos en educarla con fundamento, en abrirla el gran libro de la ciencia, sin olvidar sus femeniles trabajos, que para todo le sobra tiempo en el hogar de sus padres; procuremos acojerla con entusiasmo cuando luce su sencillez, su talento, sus sentimientos, en fin, y sólo mostremos frialdad á la vanidad y á la coquetería; hagamos, en fin, madres, y no mujeres de salon, esposas, y no amantes.

Nosotros sentiríamos en el alma que en el curso de nuestro trabajo pueda leerse alguna espresion que ofenda á la clase que más respetamos, que más admiramos; hemos expuesto nuestras observaciones y juicios; juicios y observaciones confirmados por todos los escritores que se han ocupado de tan trascendental cuestion. Por otra parte, nuestro deseo bien merece tenerse en cuenta: miremos á todos lados y observaremos los males que nos rodean, profundícense, y se verá que la educacion es lo único que puede salvar la familia, que es la base, que es la sávia vital de la sociedad. Más de una vez hemos salido de una fastuosa *soirée*

trastornados con los amorosos coloquios allí sostenidos, ébrios con las miradas voluptuosas de hermosuras sin cuento, y al regresar á nuestra modesta casa y encontrarnos á nuestra madre rodeada de sus hijos, dando al uno el saludable licor de su sangre, al otro tendiéndole la mano para acallarle, y al de más allá animándole con su mirada, nos hemos conmovido, y casi sin querer hemos dicho: y allí tambien habría madres; y reflexionando más, nuestro pensamiento nos decia: ¿quién borraré jamás de la mente de ese niño las ideas, los sentimientos que su madre le infunde? ¿quién borraré de su corazon estas escenas? La mano del hombre, como la del tiempo serían impotentes para tanta infamia. ¡Ah! pues entonces eduquemos á las madres y se habrá educado á la sociedad, regeneremos á la mujer, y los rayos de su inteligencia iluminarán el mundo.

VICENTE FUENMAYOR.

LA MUJER.

Á la Señora Doña Faustina Saez de Melgar.

I.

¡La mujer!

¿Qué indefinible encanto encierra esa palabra, que á su sola pronunciacion el alma parece como que quiere salir de la estrecha cárcel que la aprisiona?

¿Qué misterioso influjo nos arrastra inconscientemente hácia ese sér privilegiado en cuyos ojos brilla casi siempre la mirada de Dios?

¿Qué mágico impulso nos une en eterno lazo desde la cuna al sepulcro con esa bella mitad de la especie humana?

No es el amor, no es la virtud, no es la inocencia, ni el candor, ni el sentimiento, dotes todas que germinan desde la infancia en su corazon tierno y sencillo.

No es la nobleza, ni la generosidad, ni la fé, ni el heroismo, preciosas flores que crecen en su alma, que se mantienen siempre fragantes al calor de sus puras creencias y que jamás se marchitan.

No es tampoco el impuro deseo, la torpe influencia de la materia en nuestros sentidos: no es, en fin, la hermosura, ese precioso don que la otorga el envidiable título de hija del cielo.

¿Qué es, pues, lo que nos sucede, lo que nos fascina, lo que nos lleva hasta rendir ese homenaje que á tan preciosa criatura tributamos?

La humanidad, que ha resuelto los más graves

problemas de la ciencia; que ha desentrañado los más grandes arcanos de la naturaleza, no ha podido todavía explicar en el largo período de su vida ese misterioso poder que hace humillar el orgullo del hombre ante la sonrisa de la mujer.

Reina y señora del universo, rije á su antojo los destinos del mundo.

Para ella no hay tiranía posible; el tirano se sujeta á su capricho, humillándose ante sus plantas.

Para ella no hay esclavitud; el esclavo se hace dueño de su corazón, y ella lo eleva á la categoría de hombre.

Niña, nos entretiene con sus juegos, nos alegra con sus gracias, nos encanta con su inocencia.

Jóven, nos seduce con su modestia, con su candor, con su belleza; nos halaga con su sonrisa, calma nuestro pesar con su mirada, y nos brinda con el porvenir, inspirándonos la ambición de la gloria.

Anciana, nos conmueve con su presencia, nos infunde respetuoso temor con la nieve de sus canas, y sus consejos son para nosotros las lecciones más saludables de la vida.

Esposa, es el bálsamo que cura nuestras heridas; ella sabe convertir el dolor en esperanza, como sabe trocar en consuelo la amargura; ella sabe compartir nuestras desgracias y alegrías, y nos anima en los trances más penosos de la vida.

Madre, es el manto con que nos resguardamos del frío; la sombra con que nos resguardamos del calor; es nuestro guía, nuestro maestro, el ángel custodio que vela incesantemente por nuestra dicha.

Hija, es el báculo de la ancianidad, la alegría y esperanza del hogar doméstico.

¡Ah! ¿Qué fuera del mundo sin ese sér tan noble como hermoso?

II.

La mujer es la virtud.

Educada para el amor, vive la vida del sentimiento: son sus afecciones siempre puras, y en su bondadoso corazón se guarda eterna una gota de consuelo para enjugar las lágrimas de la humanidad.

El infeliz que vive abandonado de todo el mundo, que por do quiera tiende la vista sólo encuentra el desprecio, que se vé humillado ante sus iguales, llega en su desesperación á dudar de todo, y entónces acaricia con júbilo una idea fatal, la del suicidio.

Pero al despedirse del mundo, un sentimiento mágico se apodera de su alma, piensa en una esposa, en una hija, en una madre ó en una her-

mana á quienes haría doblemente desgraciadas, y... una mujer le salva.—¡La Fé!

El jornalero que cuenta una numerosa familia, y que vé pasar día tras día sin que sus hijos vislumbren otra cosa que la miseria, porque el trabajo apenas le dá para sostener sus obligaciones diarias, inspirándose en su honradez, roba al sueño sus más preciosas horas y trabaja sin pena, porque una idea noble le sostiene; muchas veces el cansancio lo vence, y cuando el sudor de su frente corre copiosamente abrasando su rostro, prosigue con ardoroso afán, porque acaso adivina el porvenir de su hija única, y... una mujer le anima.—¡La Esperanza!

El mendigo que sumido en el lecho del dolor cuenta por segundos las horas de su existencia, que en medio de la soledad y el abandono siente escapar la esencia de su vida, cuando aun se hallaba en la primavera de la edad, no maldice su pobreza, porque también la esperanza le anima, y al llegar quizás al borde del sepulcro, una voz dulcísima hiere sus oídos, sus ojos ven con asombro que una mujer vela su cabecera, y... una mujer le salva.—¡La Caridad!

¿Dónde buscar los sentimientos caritativos sino en esa celestial criatura que mece nuestra cuna, que nos aduerme en su regazo, que al són de sus cantares nos recrea, que nuestras penas entibia con sus flores, que con su amor nos vence, y que al morir, al despedirnos de ella, su sonrisa nos hace dichosos?

La mujer es el ángel de la tierra; su misión es la de labrar nuestra dicha. ¿Qué mejor ejecutoria?

III.

La mujer no es el vicio.

Algunas almas hipócritas y gastadas han pretendido disculpar su liviandad y sus crímenes, escusándose con los dulces atractivos de ese sér inocente, hermoso hasta en su desgracia, digno de respeto y de admiración hasta en sus propios extravíos.

Vosotros, los que acusáis á la mujer sin tener en cuenta las debilidades de su sexo; los que atribuis á su grande influencia en la vida humana los males que suelen afligir á las sociedades mejor organizadas, tened un poco vuestra torpe lengua, y en el fuero interno de la conciencia repasad todas las acciones de vuestra vida.

Pues qué, ¿no habeis seguido paso á paso la vida de la mujer en sus diferentes estados y en el largo período de su existencia?

Cuando era niña, ¿no la habeis aleccionado en vuestros usos y costumbres? ¿No la enseñasteis el camino de la vida que os pareció más conveniente para la realización de vuestros fines?

Cuando joven, ¿no sembrásteis alguna vez en su sensible corazón la triste flor del desengaño? ¿No la mentásteis amor, placeres y esperanzas? ¿No la arrullásteis con los dulces cantares de la mentira? ¿No la adormecísteis con el sueño de la ilusión?

¿Qué frutos queréis que dé la maldita semilla?

La enseñásteis á aborrecer, y es natural que aborrezca.

Enseñadla á amar, y vereis cómo su puro amor corresponde á vuestros sentimientos.

Y es indudable, la educación y el hábito son generalmente los dueños del corazón de la mujer.

Ella sabe sufrir sus amarguras, acallar sus dolores y consolar sus quebrantos.

Soporta con la más heroica resignación todas las desgracias.

El frío, el hambre, la miseria, en fin, en su más espantosa desnudez, no la arredra, y sólo el hombre con su ingratitud abre en su alma una herida que el tiempo se encarga de agrandar cada día, hasta que la losa del sepulcro la cierra por completo á los ojos del mundo.

Y de aquella herida brota amarga ponzoña constantemente.

Y las lágrimas del remordimiento, que nacen más tarde, lágrimas con que la mujer llora su credulidad, se convierten también en amarga hiel, que acibara las horas de su existencia.

Y aquella ponzoña y aquella hiel las bebe otro hombre en la sonrisa con que trata de ocultar sus pesares la infortunada bella.

Y hé aquí cómo la ingratitud del primer hombre suele causar el infortunio del segundo.

Y hé aquí cómo el hombre es enemigo del hombre.

¿Qué culpa tiene la mujer de que la fuente de sus nobles sentimientos se agote al calor del desengaño?

El hombre y sólo el hombre es el responsable de las culpas de la mujer.

El hombre, que teniendo en sus manos el destino de esa criatura, la abandona indiferentemente á los azares de la suerte.

Frágil leño, juguete de los contrarios vientos en la inmensidad del Océano, ¿qué extraño es que sucumba á los continuos golpes de las ondas?

IV.

De la educación que desde los primeros pasos de su vida recibe la mujer depende toda su fortuna.

En razón á su sexo, difícilmente puede resolver por sí sola los áridos problemas de la vida.

(Se continuará.)

EN UN PALMAR.

Dejadme, aquí á la orilla del plácido arroyuelo
Mirando de las palmas
El verde pabellón,
Y el sol que refulgente desde el rosado cielo
Alegra con sus rayos
Mi pobre corazón.

Dejadme que contemple las aves y las flores
Que fueron las amigas
De mi primera edad,
Y escuche el dulce arrullo de pinos tembladores
Que elevan su penacho
Con noble majestad.

Y vea los rebaños que al declinar el día
Balandando dulcemente
Se van á recoger:
Las aves revoltosas en la espesura umbría,
Los pobres campesinos
Que cantan con placer.

Oh campos de mi Cuba, riquísimos palmares,
Envidia de otras tierras,
Orgullo del pensil;
Cuando cefí mi frente de blancos azahares
Forzoso fué dejaros
Entre suspiros mil.

He vuelto, y al instante mi arpa cariñosa
Sus cantos os dedica
Con noble gratitud,
Que en los risueños días de mi niñez hermosa
Sentada á vuestras plantas
Pulsaba mi laúd.

Aquí yo he disfrutado con mágica ventura
Mil sueños deliciosos
De músicas y amor,
Y llena de entusiasmo, de férvida ternura,
Viví desconociendo
Las penas y el dolor.

Yo gozo en los palmares y formo de azucenas
Guiraldas primorosas
Y ramilletes mil,
Se inspira el plectro mío y siento por mis venas
Correr impetuosa
Mi sangre juvenil.

Del sol majestuoso no temo los destellos
Porque á mi tez dorada
No pueden molestar:
Ni temo que la brisa deshaga mis cabellos
Y el agua del arroyo
Me llegue á salpicar.

Que soy cual la calandria nacida en la pradera,
Y allí es donde me agito
Con gozo y libertad:
Me ahogo en las ciudades y duermo placentera
En este fresco asilo
De mi temprana edad.

Y cuando lo abandono mi musa idolatrada
Se queda entre las ramas
Cefida de crespon;
Y en vano cantar quiero, gozosa, entusiasmada...
¡Me faltan armonías!...
¡Me falta inspiración!...

En vano es que me pidan dulcísimos cantares,
Si solo ruda prosa
Les puedo yo ofrecer,
La musa de mis cantos habita en los palmares,
Por eso yo la busco
Con cándido placer.

Dejadme aquí á la orilla del plácido arroyuelo
Mirando de las palmas
El verde pabellón.

Y el sol que refulgente desde el rosado cielo
Alegre con sus rayos
Mi pobre corazón.

MATILDE T. DE JAREN.

Habana, Marzo 1871.

GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES.

MARIA GARCIA,

LA MALIBRAN.

María Felicidad García de Malibran, nació el 24 de Marzo de 1808, en la ciudad de París, siendo su padre el célebre tenor español Manuel García, que dos meses antes había llegado con su familia á la capital de Francia. Como en general la vida de los artistas está sujeta al movimiento más continuo, á los tres años pasó María á Italia en compañía de su padre. Llegada á Nápoles, cantó en el año 1813 el papel de niño en el *Agnessa* del maestro Paer, en el teatro *Fiorentini*. Dos años despues, Pasiseron la enseñó el solfeo, y Herold el piano, regresando en 1816 á París y desde donde se trasladó con su padre á Lóndres en 1817. Contaba á la sazón María 9 años, y hablaba ya con facilidad el español, el italiano y el francés, bastándole solo dos años y medio de permanencia en Lóndres para poseer el inglés, á cuyos conocimientos añadió más tarde el de la lengua alemana, á pesar de las dificultades que ofrece su estudio. Durante su estancia en Lóndres se dedicó María con especialidad al estudio del piano, haciendo en tampoco tiempo tales progresos, que en Noviembre de 1819, cuando regresaron á París, se hallaba ya en disposición de tocar las más difíciles creaciones de Bach, el maestro favorito de García. A los 15 años, empezó el estudio del canto bajo la dirección de su padre, despues de dos años de estudios severos y profundos, durante los cuales dió á conocer lo mucho que podía esperarse de su talento y rica imaginación: cantó por primera vez en público en un concierto que tuvo lugar en París, y á los dos meses regresó á Lóndres en compañía de su padre que había sido nombrado primer tenor del teatro Real de dicha ciudad. En esta población abrió García una escuela de canto en donde María acabó de perfeccionar su educación musical, presentándose el 7 de Junio de 1825 en la escena del primer teatro de Inglaterra, en el papel de Rosini del *Barbero de Sevilla*, que cantó por indisposición de la Pasta. Tal efecto causó en el público, que la empresa del teatro se apresuró á ajustarla por lo que faltaba de temporada, dándole quinientas libras esterlinas; durante este tiempo, cantó el papel de *Felicia* en el *Crociato* de Meyerbeer. Terminada la temporada teatral, García y su hija pasaron de Lóndres á los festivales de

Manchester, Jovek y Liverpool, embarcándose en este último punto para New-York, donde María tuvo una entusiasta acogida por la sublime interpretación que supo dar al *Otello*, *Romeo*, *Tancredo*, *La Ceneréntola*, *Don Giovanni*, *L'Aman-te astuto* y la *Figlia dell'aria*, obras estas dos últimas, que García escribió expresamente para ella. Malibran, negociante francés establecido en New-York, pidió á García la mano de su hija, que obtuvo á pesar de la repugnancia que en un principio manifestó la joven artista, verificándose el matrimonio el 25 de Marzo de 1826; pero sus consecuencias fueron las que debían esperarse. María, que contando con un alma ávida de gloria y entusiasta por el arte, comprendía que nunca podría amoldarse á las costumbres de una casa de comercio, manifestó á su padre y á su esposo aquello que más en armonía estaba con su carácter, y el resultado fué una separación convencional entre el matrimonio, de cuyas resultas María pasó á Francia en Agosto de 1827.

Los periódicos que habían encomiado su talento, calificando á la Malibran como una de las maravillas de la época, anunciaron su llegada á París; pero antes de presentarse en público cantó la célebre artista en algunos conciertos, en los que obtuvo el más lisonjero éxito, decidiéndose al cabo por debutar en el teatro de la Opera, como lo efectuó en el mes de Enero de 1828, cantando la *Semíramis* de Rosini en una función dada á beneficio de Galli. Por aquella época se resentía la Malibran de algunos defectos en el canto, hijos de sus pocos años y de su poca escena. La prensa francesa la dió con este motivo algunos buenos y desinteresados consejos que surtieron el efecto que era de esperar, pues contratada la Malibran al poco tiempo para el teatro Italiano, en cuya escena se presentó el día 8 de Abril de 1828, pudo notarse la gran transformación que se había operado en el método de canto y maneras de la célebre artista, que cantó el *Otello*, la *Ceneréntola*, y la *Gazza-ladra* de una manera admirable. En 1829 regresó la Malibran á Lóndres, en cuya ciudad hacía furor la Sontag, despues condesa Rossi. Ambas artistas cautivaron al público inglés que á porfía las regalaba con el mayor entusiasmo aplausos y coronas, triunfos que continuaron en París, á donde desde Lóndres se trasladaron las dos cantatrices, tomando parte ambas en la representación de algunas óperas, como el *Tancredo* y *Don Giovanni*. Cuando esto sucedía, el entusiasmo del público se manifestaba con gritos de admiración.

En Enero de 1830 fué contratada de nuevo la Malibran para el teatro Italiano de París, con la suma de mil ochenta y cinco francos por representación, quedando al poco tiempo como reina

absoluta de la escena lírica por el matrimonio de la Sontag con el conde Rossi, embajador del rey de Cerdeña en La Haya. Su talento adquirió mayor energía de día en día, su vocalización se perfeccionó más y más, y sus triunfos por consiguiente fueron más frecuentes y estrepitosos. En el mismo año de 1830 conoció al célebre violinista De Bériot, que más tarde fué su marido, y con él recorrió Francia, Inglaterra y Bruselas. En esta última población, el inolvidable Lablache animó á De Bériot y á la Malibran á hacer en su compañía un viaje por Italia, á lo que accedieron aquellos no dudando de ser bien recibidos; pero nunca podían imaginarse el brillante recibimiento que iban á tener. Llegados á Milan, fué presentada la Malibran en casa del gobernador y del duque Visconti, tomando parte en algunos conciertos y produciendo en el auditorio una impresión verdaderamente entusiasta por su método de canto puramente nuevo, y su voz tan dulce como enérgica al mismo tiempo. En Roma dió seis representaciones en el teatro *Valle*; en los primeros días de Agosto debutó en Nápoles, y á fines de Setiembre en Bolonia, siendo recibida en todas partes con gritos de entusiasmo, flores, aplausos, bravos y coronas. Los boloñeses no limitaron su entusiasmo á estas solas demostraciones, pues considerando todavía poco cuánto hacían en obsequio á la célebre artista, hicieron ejecutar en mármol el busto de la Malibran colocándolo en el peristilo del teatro.

Después de su viaje por Italia, regresó á Londres donde fué contratada por cuarenta representaciones bajo la suma de 80.000 francos, á más de dos beneficios que la produjeron muy cerca de 50.000 francos. En los meses de Mayo y Junio de 1835, dió veinticuatro representaciones en el teatro de la Opera italiana en Londres, recibiendo por ellas 69.385 francos; en el mismo año fué ajustada para Milan por 420.000 francos; en los meses de Abril y Mayo recibió por veinte funciones la enorme suma de 59.385 francos; y á su muerte, que acaeció como diremos luego, acababa de recibir nuevos ajustes que componían muy cerca de seiscientos mil francos. Pocas actrices pueden vanagloriarse de haber cantado bajo tan buenas condiciones; en nuestra época sólo recordamos la Patti y la Nilsson; pero á pesar de esto, nunca sus contratas han llegado á la enorme cifra de los ajustes de la Malibran.

La Malibran cantó en Londres la *Sonámbula* de Bellini y el *Fidelio* de Beethoven, después de lo cual regresó á Nápoles en 1834, desde donde pasó á Bolonia, y de allí á Milan, en cuya población debutó con la *Norma* de Bellini, donde la Pasta había recogido tantos laureles. Pero los triunfos de la nueva cantatriz hicieron olvidar los

de la célebre trágica. De Milan pasó á Londres, de Londres pasó á Sinigaglia y á Lucques, en donde el pueblo entero la llevó en triunfo á su casa; y en el mes de Setiembre regresó á Milan de donde fué contratada para el teatro de San Carlos de Nápoles. En esta población se rompió un brazo á causa de un vuelco que sufrió su carruaje, trascurriendo con este motivo quince días sin pisar la escena, al cabo de los cuales se presentó en ella, pero con el brazo entablillado. De Nápoles marchó á Venecia, siendo recibida por la reina del Adriático con una ovación indescriptible; la población en masa salió á recibirla en góndolas, festejándola con músicas, bailes: y un entusiasmo que rayaba en delirio. De Venecia regresó á Londres, pasando por París, y de Londres volvió á Milan donde cantó la *María Stuardo* de Donizetti. Por esta época pronunciaron los tribunales el fallo aprobando la nulidad de su matrimonio con Malibran, y el 29 de Marzo de 1836 se desposó en París con De Bériot. Desde esta época no volvieron á separarse, haciendo las delicias de cuantos los oían, pues la Malibran arrebatava en el canto, y De Bériot en el violín. Pero estaba decretado que una vida tan gloriosa y sembrada de triunfos había de agotarse en la flor de sus años. Hallándose la Malibran en Londres en el mes de Abril de 1836, tuvo la desgracia de dar una caída de un caballo, y aunque en un principio se creyó no fuera de consecuencias, fueron tales las contusiones que recibió en la cara, y en particular en la cabeza, que indudablemente debieron interesar en parte su cerebro, por cuanto su salud tan privilegiada hasta entonces, fué decayendo cada día más y más hasta el punto de conducirla al sepulcro el 23 de Setiembre de 1836. Sus restos mortales permanecieron por algún tiempo en Manchester, donde ocurrió su muerte; pero luego fueron trasladados á Bruselas al cementerio de Laeken, donde De Bériot hizo construir un magnífico mausoleo con una estatua en mármol de la ilustre artista, debida al cincel de escultor Geefs.

La voz de la Malibran, dice Fétis, no era precisamente hermosa, notándose en ella algunos defectos, sobre todo en los puntos medios que eran algo apagados y desiguales; pero estas imperfecciones de su organismo sabía suplirlas con un canto expresivo y patético. La Malibran compuso bastantes nocturnos, romanzas y canciones, de las que no han dejado de popularizarse algunas; y entre los muchos retratos que de ella se conservan, el más notable la representa en el papel de Desdemona en el *Otello*, apoyada en la lira.

Nosotros que nos hemos propuesto dar á conocer á nuestras lectoras aquellas mujeres que se han hecho célebres por su talento, tanto en las

ciencias como en las artes y literatura, no hemos dudado un momento en colocar en esta seccion de nuestro periódico, con la biografia de la ilustre cantante que por descender de un no ménos célebre artista español, merece un lugar preferente entre las notabilidades europeas del presente siglo.

C. SEQUEIROS.

EL JARDIN DE LA VIOLETA.

(Tradicion.)

(Conclusion.)

Sin embargo, el firmamento aparecia aun cubierto por negros nubarrones.

María empezó á tranquilizarse.

Entró en la casita.

Cinco minutos habian trascurrido próximamente desde que abandonára el jardín, cuando otro ruido que á lo léjos se oia la hizo volver junto á su flor.

El ruido aumentaba por momentos.

El eco marcial de cien músicas militares, el ronco toque de los clarines, las descargas de fusilería, el estampido del cañon, los ayes de las víctimas inmoladas por el plomo homicida, todo formando un estruendo imponente y aterrador, llegó hasta los oidos de la jóven.

A media legua de su pacífico hogar se libraba una gran batalla.

Napoleon y Wellington se disputaban en Waterloo el porvenir de Europa.

María comprendió lo que aquel ruido significaba.

Pensó que su amante luchaba á media legua de ella tal vez con la saña de la desesperacion.

Se inclinó sobre la flor, besándola, y elevó sus ojos al cielo.

En aquel momento el galope de un caballo turbó la abstraccion religiosa de María.

El caballo á juzgar por el ruido de su rápida carrera, llevaba la direccion de la casita.

La pobre niña corrió á la puerta, esperando ver llegar á su Manuel sano y salvo de la refriega.

¡Nunca hubiera salido!

El caballo pasó á sus ojos con una rapidez vertiginosa.

Sobre él, el tronco ensangrentado de un militar sin cabeza se tambaleaba amenazando caer de un momento á otro.

María exhaló un grito, y horrorizada por aquel espectáculo salvaje corrió segunda vez á buscar su flor.

Un trueno horrible la precedió á su entrada en el jardín.

La luz de un relámpago iluminó toda la desconsoladora realidad de su funesto destino.

La violeta mística y deshojada estaba en el suelo completamente marchita.

María palideció; un temblor convulsivo se apoderó de sus delicados miembros.

Trémula y desencajada recojió los despojos de su querida compañera y estrechándolos contra su corazon, hincó una rodilla en el suelo.

Solo articuló una sola palabra, un solo nombre «Manuel.»

Despues el ruido de la batalla cesó.

Las nubes evaporadas dieron paso á través de sus diáfanas cortinas al último y melancólico rayo de sol de aquel dia de muerte.

María seguia arrodillada en el jardín estrechando la flor contra su pecho.

*
* *

A la mañana siguiente, cuando las avanzadas del ejército inglés encargadas de recojer y enterrar los cadáveres de la batalla, llegaron á la puerta de la casita, allá en el fondo del jardín descubrieron á María, que pálida y lívida estrechaba la flor contra su corazon.

Estaba muerta.

Se la enterró junto al tronco de su violeta.

—¡Pobre muchacha,—dijo el encargado de aquella triste operacion,—ha muerto de miedo!

Manuel habia sucumbido tambien. En la toma de la meseta del mont Saint-Jean exhaló el último suspiro con cuatro mil de sus valientes compañeros.

Desde entonces acá la casita permanece siempre cerrada, y en el centro del jardín crece una lindísima violeta en todo tiempo.

Es la flor que perfuma el humilde sepulcro de María.

III.

Lector, si alguna vez tu lujo ó tu aficion por los sitios históricos te llevan hasta los alegres viñedos de Waterloo, donde la ambicion del primer capitán del siglo se sepultó con todo su ejército, ruega á tu guía que te conduzca hasta el jardín de la violeta.

Te llevará, pero no permitirá que entres en él. Le verás desde fuera de la tapia.

Hollar el más leve grano de arena del misterioso jardín, sería tanto como profanar el emblema de la constancia y de la fé de las mujeres alemanas.

RAFAEL CAMPOS Y VASSALLO.

Madrid, 1871.

MADRID: 1871.—Imprenta de los Sres. Rojas, Valverde, 16, bajo.